

## Sobre el Estilo

Por Guillermo Colunje

Confieso sentirme intimidado al verme subido en esta cátedra, porque choca violentamente con mi modo de ser la idea de que pueda atribuírseme la más ligera sombra de presunción, porque pueda creerse que quiero dárme las sabihondo al anunciar que voy a dictar una "conferencia". Esta palabra tiene cierto sabor de solemnidad académica, estirado y antipático, y sólo por espíritu de disciplina he aceptado que se apellide así el rato de charla que voy a



darles a ustedes. No voy a decir nada nuevo ni profundo; sencillamente voy a repetir lo que he dicho ya en el aula a un corto grupo de alumnos a quienes me ha tocado en suerte abrirles la puerta del quiosco de la retórica, que ahora se ha dado en llamar literatura preceptiva. Ya ven ustedes, pues, que no paso de ser un simple portero.

El estilo se define en literatura como la manera de escribir o de hablar; el modo de hilvanar juntas las palabras para expresar lo que se piensa. Se distinguen varias clases de estilo en general, como el elevado, el llano, el epistolar, el oratorio, el amanerado, el clásico etc. Y dentro de estas clasificaciones genéricas hay las peculiaridades individuales de cada escritor, inconfundibles, que son como su fisonomía literaria; eso que un célebre filósofo y crítico francés resumió diciendo que "el estilo es el hombre." De ahí que algunos escritores que se han destacado en todos los

tiempos por fuertes caracteres personales, hayan formado a modo de escuelas entre los que han buscado imitar su estilo. Es natural que todo aquél que se dedica al cultivo de las letras, trate de formarse un estilo propio; pero la mayoría de los jóvenes, de los principiantes, tienden fatalmente a seguir las huellas de aquel de los consagrados que más ha atraído su atención o cuyo nombre ha adquirido para ellos mayor resonancia. Casi siempre son los más amañados, los más rebuscados, los que encuentran más numerosos imitadores, siendo, no obstante, el llamado culteranismo, el menos deseable, el más antipático, el más detestable de los estilos.

Esa especie de escuela, cuya tendencia es la de emplear voces desusadas y giros retorcidos y oscuros, con el fin nada plausible de alcanzar reputación de erudito y de sabihondo, tuvo en el siglo de oro de las letras castellanas un representante, don Luis de Góngora y Argote, cuya influencia fue tal que llegó a darle su nombre al género. En nuestra América y en nuestra época actual el gongorismo ha renacido y propagádose, por desgracia, como la cizaña en los trigales mal cuidados, en forma epidémica entre nuestra "juventud gramaticanda", y bien podemos darle el nombre de "vargasvilismo", por el fecundo panfletario colombiano que le ha dado ser. Hemos tenido otros escritores de **gran** renombre y con la misma tendencia, como José Enrique Rodó; pero aún de éste mismo podríamos afirmar que su no escaso culteranismo nació de la tendencia, quizás inconsciente, de imitar al celeberrimo don José María, que ya era "estrella en apogeo" cuando el uruguayo apareció en el horizonte.

No cabe negar que el "vargasvilismo" tiene su originalidad y que mediante su ejercicio ha logrado su creador y algunos de sus imitadores alcanzar una inmensa celebridad; ésta, empero, es a mi juicio una celebridad huera y un poco ridícula; es una celebridad histriónica; algo así como la de Charlie Chaplin. . . . Me parece, en realidad, poco en-

vidiable. No creo que el que escribe debe tener en mira el dejar estupefactos y desconcertados delante de sus frases pomposas, a la mayoría de los que le leen. Creo que un escritor honrado lo que debe buscar es que todo el mundo le entienda; que sus *ideas*, si las tiene, lleguen a la mente y al corazón de la masa. Yo recuerdo todavía una frase leída en una de las novelas de Vargas Vila, porque tuve que consultar muchos diccionarios para descifrarla, como si se hubiera tratado de un jeroglífico de Novejarque o un acertijo de palabras cruzadas, que tan en boga están ahora entre los desocupados; es ésta: "Nunca vieron canéfora más blanca las termoforias de pianepción." Apuesto cualquier cosa a que ni los más eruditos entre los pocos profesores de lenguas que me escuchan, podrían así, de pronto, decirme que eso quiere decir que jamás se vió una muchacha más bonita en tierra caliente y vestida de novia.

Si algo pretendo conseguir con esta plática delante de ustedes, es contribuir a la medida de mis escasas fuerzas a extirpar en los jóvenes alumnos del Instituto Nacional de Panamá, y ojalá un poco más lejos, esa tendencia desdichada al vargasvilismo. Yo desearía que todos ellos, todos los jóvenes de nuestra América española, si fuese posible, se convencieran de que escribir con naturalidad, en estilo corriente, es la forma suprema de la elegancia; que un libro que se deja leer como quien se bebe un vaso de agua pura y fresca, como los de don Juan Valera, vale mucho más ante el criterio de las personas de juicio, que esos otros libros o artículos de revista que se parecen a esos menjurjes alcohólicos inventados por los taberneros norteamericanos, que estragan y producen dispepsia aunque los sirven dizque como aperitivos; libros o escritos que alguien, con mucho acierto y mucha gracia denominó "cocteles de ideas y de palabras."

Muy bien está que se busque originalidad; pero ésta no se prepara, como quien dice, desenterrando voces arcaicas, inventando vocablos nuevos y sonoros o empleándolos

con acepciones antojadizas que sólo revelan una supina ignorancia, como en el caso aquel de un jovencito paisano nuestro que en una de sus novelas dice que “la tristura me cobijaba con sus alas nictálopes”, como si fuese la pesadumbre una lechuza monstruosa que tuviera los ojos plantados en las alas; o como el de aquel escritor, por cierto famoso, que tuvo la peregrina idea de llamar a Bolívar “héroe epónimo de América”, como si el Libertador y Vespuccio fueran una misma persona. . . . Y lo peor es que otros, aceptando el disparate como cosa buena porque lo dijo Rodó, siguen motejando de “epónimo” a don Simón, como si nuestro continente cupiera todo en el territorio del antiguo Alto Perú.

Se puede ser original, originalísimo, y hablar el lenguaje de toda la gente, en palabras que todos comprendemos fácilmente. Hace poco he hallado en revista bogotana, como de propósito, unas “notículas” de un escritor joven, Luis Vidales, que son modelo de originalidad, de ingenio, de personalísimo modo de ver las cosas del mundo, algo enteramente nuevo, raro, sui-géneris, y sin embargo, expresado en términos llanos, hasta vulgares. Voy a repetir algunas de esas cosas, que recuerdo, para que ustedes mismos formen su juicio acerca de esas maravillosas chispas cerebrales:

“Ante una escalera, queda uno perplejo, porque no sabe si los escalones pretenden subir, o bajar.

“El lápiz es el cuenta-gotas de las ideas.

“Los zapatos. . . . zas! de un bocado se nos comen el pie.

“Quién pudiera penetrar en esas habitaciones que hay en los espejos!

“Los zaguanes son los afluentes de las calles.

“Para ponerse sobretodo, hay que sostener con él una tremenda lucha greco-romana.”

Eh? Qué opinan? No es esto de una originalidad inigualada? Evidentemente. Para muchos no pasarán de ser



casi calvo, diciendo que era completamente insostenible mi tesis de que José Asunción fue, más que un lírico, un sutilísimo humorista. Desde entonces he tenido el deseo de justificar mi juicio, o de enmendarlo y rectificarlo si resulto convicto de error; y al brindárseme la oportunidad de hacerlo ante un auditorio tan selecto, tan comprensivo, tan bien preparado como el que ustedes forman, para apreciar en justicia mi parecer sobre la obra del gran poeta bogotano, me he dado prisa por aceptarla.

Quizás hay algo de exageración en mis apreciaciones; tal vez llevado de mi predilección por el género, veo notas de humorismo hasta en aquellas poesías de Silva tenidas por mayormente líricas y románticas, como sus "Nocturnos". Pero es indudable que las comprendidas por el poeta mismo bajo el epígrafe de "Gotas Amargas", son de un humorismo puro, incuestionable. Tienen ese dejo de ironía

a y finamente picaresca, ca-  
e buena cepa. Quizás es que  
ismo con la chabacanería del  
asadas de almanaque. Pero  
hay entre una y otra cosas.  
er mi teoría no necesito idear  
er, uno tras otro, algunos de  
centuado tienen el sabor que

burlesca, esa sonrisa acidula  
racterísticas del humorismo  
algunos confunden el humor  
chiste de corrillo, con las pa  
qué distancia inconmensurable

He creído que para sostener  
argumentos; me basta con leer  
los versos de Silva que más a  
yo les hallo. Principiaré con

ESAS

)  
dos los olores  
s de alguna hurí;  
an unas flores;  
e de un rubí  
os resplandores  
carmesí;  
de amores  
lvidada allí...

SUS DOS M

(De soltera)

En los tallados frascos, guardo  
de las esencias diáfanas, dignas  
un vaso raro y frágil do expira  
el iris de un diamante, la sangre  
cuyas facetas tiemblan con vida  
entre el lujoso estuche de seda  
y frente del espejo, la epístola  
que, al irse para el baile, dejó

(De casada)

Un biberón, que guarda, mezcladas, dos terceras  
partes de leche hervida y una de agua de cal;  
la vela que reclama las despabiladeras  
en rotulado frasco, cerca de las tijeras,  
doscientos gramos de una loción medicinal;  
un libro de oraciones, dos cucharas dulceras,  
un reverbero viejo, y un chupo, y un pañal.

La comparación de estas “dos mesas”, no hace asomar  
a nuestros labios una sonrisa amarga, irónica, de simpatía  
conmiseranda? Pues eso es humorismo!

Veamos “Un Poema”. . . . . y que les quede a ustedes  
el consuelo, como a mí, de que con estas transcripciones-  
lecturas, les hago pasar en verdad un rato ameno, no dán-  
doles la lata de una disertación soporífera:

Soñaba en ese entonces en forjar un poema  
de arte nervioso y nuevo, obra audaz y suprema;

Escogí entre un asunto grotesco y otro trágico;  
llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico,

y los ritmos indóciles vinieron acercándose,  
juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose:

ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves;  
unos cual choque de armas, otros cual canto de aves.

De Oriente hasta Occidente, desde el Sur hasta el Norte,  
de metros y de formas se presentó la corte:

tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles,  
cruzaron los tercetos, como corceles ágiles;

abriéndose ancho paso por entre aquella grey,  
vestido de oro y púrpura, llegó el soneto-rey;

y allí cantaron todos... Entre la algarabía,  
me fascinó el espíritu, por su coquetería,

alguna estrofa aguda que excitó mi deseo  
con el ritintín claro de su campanilleo...

y la escogí entre todas; por regalo nupcial  
le dí unas rimas ricas de plata y de cristal;

en ellas conté un cuento que, huyendo lo servil,  
tomó un carácter trágico, fantástico y sutil:

era la historia triste, desprestigiada y cierta  
de una mujer hermosa idolatrada y muerta;

y para que sintieran la amargura, expreso  
junté sílabas dulces como el sabor de un beso;

bordé las frases de oro, les dí música extraña  
como de mandolinas que un laúd acompaña;

dejé en una luz vaga las hondas lejanías  
llenas de nieblas húmedas y de melancolías,

y por el fondo oscuro, como en una mundana fiesta  
hice cruzar las máscaras al compás de la orquesta,

envueltas en palabras que ocultan como un velo,  
y con caretas negras de raso y terciopelo;

surgir hice, en el fondo, las vagas sugerencias  
de sentimientos místicos y humanas tentaciones...

Complacido en mis versos con orgullo de artista,  
les dí olor de heliotropos y color de amatista....

Le mostré mi poema a un crítico estupendo,  
y él lo leyó seis veces y me dijo: No entiendo!

El que no quiera ver en esto una ironía finísima contra los aristarcos, una obra consumada de humorismo, es porque le pasa lo mismo que al “crítico estupendo!”

Pasemos ahora a las “Gotas Amargas”. La titulada “El Mal del Siglo” dice así:

#### EL PACIENTE:

Doctor: un desaliento de la vida  
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace;  
el mal del siglo, el mismo mal de Werther  
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi;

un cansancio de todo; un absoluto  
desprecio por lo humano; un incesante  
renegar de lo vil de la existencia,  
digno de mi maestro Schopenhauer;

un malestar profundo, que se aumenta  
con todas las torturas del análisis....

#### EL MEDICO:

Eso es cuestión de régimen: camine  
de mañanita, duerma largo, bññese,  
beba bien, coma bien, cuídese mucho...  
lo que usted tiene es hambre!

Aquí casi que no cabe comentario alguno. Pero pobres neuróticos; pobres sicopáticos! y sobre todo, pobres galeños: qué carne de gallina se sentirán después de una “rozadura” tan formidable como la que les ha dado el poeta, por su ciencia pomposa y vacua!

Hay algunas de esas “gotas” que casi no me atrevo a presentar a ustedes, porque son subidillas de color... Seguramente habrá algunas que no he de transcribir, por la misma razón, como la titulada “Psicoterapéutica”, como

la que lleva por mote “Zoospermos”, y alguna otra; pero escuchen ustedes estas “Cápsulas”, que no resisto la tentación de leerles:

El pobre Juan de Dios, tras de los éxtasis  
del amor de Aniceta, fue infeliz:  
pasó tres meses de amarguras graves  
y tras lento sufrir,  
se curó con copaiba y con las cápsulas  
de Sándalo Midy.

Enamorado luego de la histérica Luisa,  
rubia sentimental,  
se enflaqueció, se fue poniendo tísico,  
y al año y medio o más,  
se curó con bromuro y con las cápsulas  
de éter de Clertán.

Luego, desencantado de la vida,

filósofo sutil,  
a Leopardi leyó, y a Schopenhauer,  
y en un rato de esplín  
se curó para siempre con las cápsulas  
de plomo de un fusil.

Los versos anteriores me parecen como un aviso, como una prevención del fin que el poeta proyectaba dar a sus días, y la explicación de las causas de esa determinación. Al rededor del suicidio de José Asunción Silva se ha tejido una leyenda romántica y sentimental, que desfigura completamente la fisonomía real del hombre, y aun del poeta mismo; es una leyenda calumniosa, un tejido de necesidades hecho por los “hiperestésicos”, empeñados en hacer de Silva uno de los suyos: un ente melenudo, sucio y extravagante. Pero no hay tal: la correspondencia privada de José Asunción Silva, mejor dicho, su copiador de cartas, recién-

temente descubierto y publicado por Liévano, nos lo presenta tal como era: un hombre, un caballero de alta cultura, de gustos refinados, un gozador de la vida, que sabía mirar en ésta también, y de preferencia quizás, el lado práctico, los negocios, las especulaciones comerciales. Silva era lo que en la jerga local de su tierra nativa se llama un "cachaco", es decir, síntesis social de todas las exquisiteces varoniles. Yo creo hallar en "Filosofías" una autobiografía de este artista del verso:

De placeres carnales el abuso,  
de caricias y besos,  
ama con toda tu alma; goza, iluso,  
agótate en excesos!

Y si de la avariosis te liblara  
la sabia profilaxia,  
al llegar los cuarenta irán sintiendo  
un principio de ataxia.

De la copa que guarda los olvidos,  
bebe el néctar que agota:  
perderás el magín y los sentidos  
con la última gota.

Trabaja sin cesar, batalla, suda,  
vende vida por oro:  
conseguirás una dispepsia aguda  
mucho antes que un tesoro.

Y tendrás, oh placer! de la pesada  
digestión en el lance,  
ante la vista ansiosa y fatigada,  
las cifras de un balance.

Al arte sacrificate: combina,  
esculpe, pule, extrema!

Lucha, y en la labor que te asesina  
—lienzo, bronce o poema—

pon tu esencia, tus nervios, tu alma toda!  
Terrible empresa vana,  
pues que tu obra no estará a la moda  
de pasado mañana!

No: sé creyente fiel, toma otro giro  
y la razón prosterna  
a los pies del absurdo: compra un giro  
contra la vida eterna!

págalo con tus goces, la fe aviva:  
ora, medita, impetra,  
y al morir pensarás: y si allá arriba  
no me cubren la letra....?

Mas si acaso el orgullo se resiste  
a tanta abdicación,  
si la fe ciega te parece triste,  
confía en la razón;

desprecia los placeres y, severo,  
a la filosofía,  
loco por encontrar lo verdadero,  
consagra noche y día;

compara religiones y sistemas:  
de la Biblia a Stuart Mill,  
desde los escolásticos problemas  
hasta lo más sutil

de Spencer y de Wundt; y consagrado  
a sondear ese abismo,  
lograrás este hermoso resultado:  
no creer ni en tí mismo.

No pienses en la paz desconocida;  
mira: al fin lo mejor  
es el tumulto inmenso de la vida;  
es la faz interior.

Deja el estudio y los placeres, deja  
la estéril lucha vana,  
y como Kakia-Muni lo aconseja,  
húndete en el Nirvana;

excita del vivir los desengaños,  
y en soledad contigo,  
como un yogui senil, pása los años  
mirándote el ombligo;

de la vida do siglo ponte aparte;  
del placer y el amigo  
escoge para tí la mejor parte  
y métete contigo....

y cuando llegues en postrera hora  
a la última morada,  
sentirás una angustia matadora  
de no haber hecho nada.....!

Eso es: José Asunción Silva pasó personalmente por todas las etapas que describen los anteriores versos, que son un profundo gesto de aburrimiento: convencido de la inutilidad de la vida, él, que la había vivido de todos modos, resolvió acelerar su fin, como Petronio...

Voy a terminar leyéndoles otras dos composiciones, en las cuales el tono humorístico se encuentra, quizás, más marcado que en otras. Escuchen ustedes este "Madrigal", que no se parece a los de Cetina:

Tu tez rosada y pura, tus formas gráciles  
de estatua de Tanagra, tu olor de filas,

el carmín de tu boca de labios tersos,  
las miradas ardientes de tus pupilas,  
el ritmo de tu paso, tu voz velada;  
tus cabellos, que suelen, si los despina  
tu mano blanca y fina, toda hoyuelada,  
cubrirte como un rico manto de reina;  
tu voz, tus ademanes, tu... no te asombre:  
todo esto está, y a gritos, pidiendo un hombre!

Y oigan este “Idilio”, que nada tiene del de Núñez de Arce:

—Ella le idolatraba y él la adoraba....

—Se casaron al fin?

—No, señor: Ella se casó con otro.

—Y murió de sufrir?

—No, señor: de un aborto.

—Y el pobre aquél, infeliz....

le puso a la vida fin?

—No, señor: se casó seis meses antes  
del matrimonio de ella, y es feliz.

Todavía les leyera yo a ustedes “Egalité” y “Futura”,  
si no temiera prolongar demasiado estos minutos, y si cre-  
yera que aún necesito mayores pruebas para comprobar mi  
tesis; pero creo que están ustedes más que convencidos:  
José Asunción Silva fue un gran humorista. No es cierto?

